

La alegría del encuentro con Jesucristo.

Santander, 16 de septiembre de 2014.

VAGABUNDOS Y PEREGRINOS.

1. ANDAD EN EL ESPÍRITU (GÁL, 5, 16)

En este momento, existe una gran variedad de propuestas de espiritualidad. Por eso considero fundamental perfilar con claridad en qué consiste la espiritualidad cristiana de una manera inteligible para las nuevas generaciones si queremos hacer presente la Buena noticia de Jesús. Esta reflexión compartida con ustedes se orienta a ello. Es una reflexión que encierra muchos límites, pero se la ofrezco con la convicción de que ustedes sabrán completarla y sacar el mejor fruto de mis palabras.

Hace unos años, en el 2001, el escritor colombiano, premio Cervantes, A. Mutis, lanzaba un manifiesto contra “la muerte del espíritu”. Mutis alertaba precisamente contra la pérdida de sentido que conmueve a la sociedad contemporánea y que se manifiesta entre otras cosas en la manera cómo el sentido de la vida humana ha quedado reducido “a la función de preservar y mejorar... la vida material de los hombres”. Alertaba también contra el estrechamiento del horizonte existencial que ha quedado prácticamente orientado a maximizar la producción de objetos para nuestro confort material.

Este manifiesto está escrito sin referencia alguna a lo religioso, por lo que la vida del espíritu está caracterizada como: “la necesidad de la búsqueda de sentido de la vida, la admiración ante el hecho de que la realidad exista, el reconocimiento de los valores sin los que el hombre ni la humanidad existirían”. Nosotros, que hemos experimentado el encuentro con Jesucristo, recorreremos el camino de la vida compartiendo la búsqueda de sentido con muchos contemporáneos nuestros que también se han puesto a buscar. Con humildad, y como peregrinos que comparten el camino de la búsqueda, ofrezcamos nuestra propia experiencia de que en el encuentro con Jesucristo recibimos su Espíritu que se une a nuestro espíritu para hacernos gritar y cantar y susurrar: *Abba, Padre* (cfr. Romanos) Y al decirlo, la mente, el corazón y los ojos reciben una nueva luz para tomar conciencia de la dignidad que Dios ha dado a todos los seres humanos, la de ser sus hijos. La dinámica del Espíritu de Jesús llena de sentido nuestro vivir diario y nos hace

responsables, en palabras del Papa Francisco, *de llegar a aquellos que se encuentran en las periferias existenciales de nuestras sociedades, y a mostrar una particular solidaridad con nuestros hermanos y hermanas más vulnerables: los pobres, los enfermos, los discapacitados, los no nacidos, los inmigrantes y refugiados, las personas mayores y los jóvenes que carecen de empleo* (Cfr. Alocución a la X Asamblea General del Consejo Mundial de las Iglesias)

Propongo las dos metáforas del título de esta intervención desde un convencimiento: la importancia de tomar conciencia, nosotros los cristianos de que esta dinámica de la vida del espíritu alimentada por el Espíritu de Jesús, es una contribución de importancia radical en nuestro momento social y cultural. Porque sólo llenando de realidad lo que expresa y evoca la figura del peregrino, podremos recibir la alegría inconfundible que brota en el encuentro con Jesucristo y contribuir a que esa alegría sea experimentada por los corazones de personas que buscan, como peregrinos, y también, por los que merodean los ambientes como vagabundos.

Vamos a acercarnos, aunque sea brevemente, al mundo al que salimos, -ese verbo tan querido por el Papa Francisco, que nos ha hecho familiar la expresión “Iglesia en salida”-. Y nos preguntaremos cómo contribuir a generar la “cultura del encuentro”. LA propuesta que aquí hacemos viene reflejada en las metáforas del título y nuestra opción es salir como peregrinos.

2. A QUÉ MUNDO SALIMOS.

Salimos a un mundo donde la observación directa nos habla de sociedad plural: diversidad de procedencias, de religiones, de culturas, de razas. También, a nuestro alrededor tenemos personas que padecen el paro, dificultades económicas, crisis familiares. Junto a ellas, otras que tienen trabajo, familia estable, una economía sostenible... Nosotros participamos de alguna de esas características, bien directamente, bien porque las personas cercanas lo viven así. Por otra parte, más allá de nuestra observación directa, las noticias nos acercan a menudo casos de violencia, a guerras, hambrunas, epidemias y estampas de crueldad, como las que nos ha mostrado recientemente o de tragedias de personas de África que pierden sus vidas en su aspiración a una tierra que les han vendido llena de promesas.

Junto a todo ello, signos de la vida que nace, que se abre camino con gestos generosos de tantas personas anónimas que emergen a la luz pública cuando sucede

algún acontecimiento especial, como sería el caso de los misioneros o de personas que arriesgan su vida por ayudar o salvar la vida de otros. También son señales de vida los avances en las ciencias biomédicas o las facilidades para la comunicación nos facilitan las nuevas tecnologías, aunque no ignoremos su ambigüedad.

Y sobre todo se genera vida, oculta pero muy real, con el trabajo silencioso de tanta gente que gracias a que cumple bien su trabajo hace que podamos vivir en paz, que transitemos con confianza por las calles, que nuestros niños reciban formación en las aulas y nuestros mayores o enfermos estén atendidos con cuidados adecuados.

Esto es lo que tenemos a primera vista. Cada uno puede enriquecer estos trazos con formas y colores que den concreción a su imagen del mundo y a su propia vida cotidiana. En la sociedad a la que pertenecemos, los estilos de vida son plurales y las relaciones están guiadas, a menudo, por el poder y el interés económico. Y es ahí donde los cristianos tenemos una buena noticia que ofrecer, no como francotiradores, sino como miembros de una comunidad que hace visible otros modos de relacionarse, de cuidarse, de vivir la justicia, el ocio o de ejercer la profesión. Porque es en este escenario en el que estamos llamados a hacer presente la alegría del Evangelio, la alegría del encuentro con Jesucristo.

Este es el marco en el que, en este gran teatro del mundo, cada uno participamos de uno o varios escenarios que reciben unidad en la singularidad de cada persona. Porque somos a un tiempo miembros de un partido político, de una asociación cívica, participamos un círculo de amistad, formamos parte de la Iglesia y quizás alguna comunidad concreta en su interior, etc. Estos son los escenarios en los que transcurre nuestro diario vivir, en los que nos esforzamos por realizar nuestro papel en ellos con responsabilidad, con justicia y con amor.

Podemos preguntarnos, ¿cómo viviendo esta realidad que conjuga, es verdad, dinámicamente los distintos escenarios en los que a diario nos movemos, nos planteamos la cuestión de ser peregrinos o quizá ser vagabundos, por algún tiempo al menos? Porque no estamos hablando de dedicar parte de nuestras vacaciones a realizar un tramo del camino de Santiago, aunque por supuesto es siempre una invitación que puede atraernos.

Hablamos de generar en nuestro interior una *dinámica de sentido* que cambie y transforme nuestras experiencias vitales, porque nos abra horizontes nuevos y nos muestre posibilidades concretas que nunca antes hubiéramos imaginado. Hablamos de ofrecer a nuestra sociedad las pistas para que nuestros contemporáneos, y nosotros con

ellos, podamos desarrollar la vida del espíritu en cada uno, de modo que transformemos el alma de nuestra sociedad, por decirlo de algún modo, que colaboremos a transformemos nuestra cultura desde sus propias raíces haciendo de ella una “cultura del encuentro” de donde emerge la vida en paz y la alegría compartida.

3. LAS METÁFORAS DEL TÍTULO.

El título de esta intervención incluye dos metáforas: la del vagabundo y la del peregrino. El vagabundo sale un día de casa, de lo que algún día fue su hogar, y se pone a caminar sin norte, sin meta, como un yo aislado que carece de lugares de referencia, de personas con las que se sienta vinculado, que le falta la pasión interior por avanzar hacia la meta, carece de la fuerza necesaria para unir el ayer con el mañana. Quizás podamos traer al recuerdo alguna etapa, o algún tiempo de nuestro pasado en el que nos hemos sentido vagabundos; hemos caminado sin norte, dejando al consumo y al obtener más prestigio y más dinero marcar los pasos de nuestro vivir diario, sin dejar el mínimo resquicio para que la fuerza del Espíritu de Jesucristo marcara la orientación de nuestras energías.

El peregrino, por su parte, sale de casa hacia algún lugar, se pone en camino hacia un punto del espacio que otros muchos, en tiempos pasados o presentes, consideraron que era una meta a lograr. Se ha preparado para ello aligerando el equipaje, curtiendo sus pies, eligiendo la ruta y decidiendo con qué compañeros de viaje va a iniciar su peregrinación. El camino le reservará el encuentro con compañeros que él no había elegido, pero en los que reconoce la misma dinámica del espíritu que le mueve a él. Ese camino recorrido por tantos peregrinos es un símbolo que da concreción a esa *cultura del encuentro*, tantas veces mencionada por el papa Francisco.

En el norte de España, los peregrinos forman parte del paisaje. Mi pueblo natal es un pueblo del camino de Santiago y cada mañana de verano se puede contemplar el paso incesante de peregrinos que, ligeros de equipaje, solos o en pequeños grupos, caminan adecuando sus ritmos al ritmo de la naturaleza, con el rostro curtido por el sol y por el aire.

En este tiempo, los buscadores de Dios somos peregrinos y –como Benedicto XVI: “sólo soy un peregrino”- en las condiciones socioculturales que hemos apuntado, que en parte son heredadas y en parte construimos. La metáfora del peregrino, según la prestigiosa investigadora francesa de sociología de la religión Françoise Legeur-

Herveur, es también considerada una de las más significativas por los jóvenes que buscan una identidad religiosa.

Los laicos estamos llamados a hacer nuestra peregrinación interior, la que conduce a través de la fe, la esperanza y el amor, a hacer transparente Jesucristo para el mundo, mostrando cómo en la Iglesia, que Benedicto XVI nombró como “ese abrazo de Dios”, los seres humanos aprendemos a abrazarnos entre nosotros, a hacernos custodios, los unos de los otros, de nuestros contemporáneos y de toda la creación, una Iglesia que está llamada a ser sacramento del encuentro en nuestro tiempo.

Les invito ahora a dinamizar la vida del espíritu recorriendo como peregrinos algunos caminos que generen sentido en nuestras vidas y en las de nuestros contemporáneos. Son modos concretos de cultivar y hacer fecunda la presencia del Espíritu de Jesús entre nosotros, de acoger y experimentar su fuerza transformadora en cada uno.

3.1. Peregrinos de la solidaridad, la compasión, la justicia y la paz.

En este mundo inacabado y siempre en devenir, el laico participa de la acción de Dios de múltiples maneras. El cuidado de la naturaleza, el cuidado de la vida diaria de las personas débiles, la rutina de preparar cada día las condiciones básicas para seguir viviendo, o la fabricación con la fuerza de su inteligencia de nuevos espacios que mejoren las condiciones de vida humana, disminuyendo el hambre, posibilitando mejores viviendas, protegiendo los pies con mejores zapatos, o construyendo vías de comunicación y nuevos artefactos. También creando objetos bellos, poblando el mundo de objetos de arte, y promoviendo espacios de realización de la libertad humana.

Esto supone una tensión saludable que se nutre de la lucidez de quienes se han sentido de algún modo iluminados por la santidad de Dios, y precisamente por ello perciben la distancia del modo como los seres humanos nos tratamos entre nosotros, y el modo como somos amados por Dios. Esta distancia traducida en situaciones de desigualdad e injusticia llena de sufrimiento los rincones de nuestro mundo. Tensión saludable para el camino espiritual de quien accede cada día a las dos experiencias polares del vivir humano: el sobrecogimiento de la santidad de Dios que nos envuelve, amor, belleza como verdad, con entrañas de misericordia, y por otro lado, el también misterio profundo del sufrimiento humano.

Poner en conexión esos dos polos en la propia vida, en las condiciones cotidianas, es tarea abierta en una dinámica de vida orientada por el Espíritu de Jesús, pues la

experiencia del amor y de la misericordia, abre a un mundo de sanación de soledades, de sufrimientos, donde la compasión y la gratuidad van por delante de los intereses de poder o del mero egoísmo.

Ofrecer el Evangelio en un mundo así nos abre a peregrinar por caminos donde la solidaridad, la justicia y la paz son tareas siempre inacabadas, que requieren el afinamiento de una sensibilidad que se pone a punto en el contacto directo del encuentro con Jesucristo, con su vida y con su palabra. Y esto, tanto en la esfera de las microrelaciones, como las amistades, la familia, el pequeño grupo, como también las macro relaciones, las relaciones sociales, las relaciones sociales económicas y políticas¹.

Entre las múltiples perspectivas que podrían adoptarse para desarrollar este punto, quiero enunciar tres:

- *El peregrino que recorre este camino lo hace con la certeza interior de que la fe cristiana, y con ella la caridad que le es inseparable, encierra un poder transformador de la sociedad y de la historia.*

La ciencia y la tecnología han llegado a constituir en el imaginario de muchos el único camino del progreso. Sin embargo, basta detener la mirada en los resultados de las guerras del último siglo, para darse cuenta de que los extraordinarios avances de los científicos logrados en ellas, estuvieron al servicio de la destrucción y de la violencia, aunque posteriormente hayan contribuido a grandes mejoras para vida humana. También podemos mirar el expolio de las mejores reservas de la naturaleza al servicio de los modelos de desarrollo ultracapitalista.

En una dinámica de vida según el espíritu empezamos a comprender que el auténtico desarrollo no se asegura sólo por el progreso técnico o por meras relaciones de conveniencia, sino que proviene de compartir los bienes y recursos, de buscar caminos nuevos por donde todos los seres humanos puedan transitar con dignidad.

- *El peregrino que recorre este camino encuentra en la perspectiva de la caridad en la verdad una propuesta de **ética de máximos**.*

Hablamos de *ética de máximos*, por usar una expresión de la profesora Adela Cortina, ya generalizada entre nosotros, para significar que desde la tradición de la doctrina social católica podemos ofrecer nuestra contribución a la articulación de una sociedad civil solidaria con los ciudadanos que la integran y con aquellos otros que

¹ Cfr. Benedicto XVI: *Cáritas in Veritate*, n°2.

viviendo en otras latitudes llaman a sus puertas. Es una perspectiva que se convierte en instancia de lucidez para los diálogos con otras tradiciones y propuestas.

La opción de la sociedad, cuando se busca hacer operativos los conocimientos de las ciencias en diálogo con otros saberes para construir un desarrollo humano de alcance universal, sucede que la caridad queda excluida de los proyectos y procesos que resultan². En nuestra experiencia habitual la irrelevancia de la caridad para interpretar y orientar responsabilidades morales es un hecho constatable en ámbitos como el jurídico, el cultural, el político y el económico. En esta peregrinación de la solidaridad encontramos ya algunas iniciativas que buscan dar forma a una economía de comunión o a una banca ética, por mencionar sólo algunos ejemplos que apuntan a otros horizontes³.

- *La tercera perspectiva se refiere a la administración y el cuidado de la creación.*

La sensibilidad de nuestro tiempo hacia los factores del cuidado de la tierra y del medio ambiente es fruto en buena medida de los conocimientos surgidos a raíz de las consecuencias devastadoras de un uso irrestricto de la tecnología en los proyectos en los que el beneficio era el primer objetivo. Y es por eso que la contribución a la buena administración de la creación tiene dimensiones múltiples: desde la vida cotidiana cuidando los reciclajes de los bienes de uso, hasta el empeño en políticas de investigación que tome en consideración del llamado principio de precaución e incluyan entre los objetivos prioritarios evitar consecuencias no deseables para la Naturaleza. Es lo que un autor ha llamado ciencia reflexiva.

4. PEREGRINACIÓN DE LA RAZÓN.

A menudo, vivir en una cultura secularizada y en una sociedad plural genera dudas que causan un fuerte escepticismo y confronta los cristianos con nuevos paradigmas de pensamiento y de vida, con nuevos humanismos ajenos a la fe. De ahí que entre los caminos que se nos abren para recorrer con la actitud del peregrino, está el de la razón.

En esta peregrinación de la razón, se abre ante nosotros un amplio horizonte. Comencemos afirmando que la conciencia religiosa tiene que asimilar, también en el nivel del conocimiento y no sólo en el sentimiento o en los gestos que podamos realizar,

² Ibidem nº 4.

³ Ibidem nº2

el encuentro con otras religiones. Una tarea de cuyos frutos nos alimentaremos, de modo casi imperceptible, hasta operarse transformaciones en nuestro imaginario, que aún no hace mucho hubiéramos considerado inconcebibles.

Este fenómeno de la presencia del pluralismo religioso en nuestra sociedad abre a los laicos un segundo imperativo: la exigencia de una mejor y más honda comprensión respecto a la laicidad del Estado. Se requiere el esfuerzo de la reflexión informada y desapasionada para comprender y hacer valer con argumentos racionales que las premisas de los estados constitucionales basadas en una moral laica, no tienen por qué estar cerradas al reconocimiento de nuevas cuotas de humanidad que pueden estar contenidas en las propuestas éticas de las religiones, en particular en nuestro caso del cristianismo.

A estas dos vías de avance se añade una tercera, cuya importancia y urgencia no necesita justificación. En esta peregrinación nos hacemos conscientes de que el aire que respiramos está impregnado de la convicción de que la autoridad de las ciencias y de la tecnología constituye el monopolio del saber terrenal. Diré algo más concreto sobre este último aspecto.

Se ha hecho ya popular la expresión “nuevo ateísmo” para hablar de la campaña militante de algunos autores, entre ellos algunos científicos, que proclaman la incompatibilidad de la fe y la razón, en particular de la ciencia y la razón. Los libros en los que exponen sus ideas están siendo auténticos *best sellers*. No es este lugar para dar cuenta de las tesis de estos autores, pero baste decir que en ellos se proclama que lo único de lo que podemos afirmar existencia es de aquello que es susceptible de ser conocido mediante el método científico. De este modo de la existencia de Dios, que no es científicamente refutable, sólo se puede afirmar: “probablemente Dios no existe”. Esta naturalización de todo lo que hay está en el corazón de muchas propuestas de espiritualidad actuales. No es infrecuente encontrar invitaciones al cultivo de la dimensión espiritual humana hecho al margen de Dios, que permite hablar de un humanismo que reconoce en el hombre una dimensión de trascendencia no referida a Dios.

La relevancia de este discurso se presenta hoy bajo dos perspectivas principales que nos afectan muy directamente en la vida cotidiana y respecto de las cuales, a los laicos se nos pide especial lucidez, como nos recuerda el Sínodo sobre la Nueva Evangelización: “*No sólo es necesario mostrar que la fe no se opone a la razón, sino*

destacar también las verdades y realidades que forman parte de una correcta antropología iluminada por la razón natural”.

En esa misma proposición se habla de la necesidad de elaborar: “una teología de la credibilidad que resulte adecuada para una Nueva Evangelización” y se mencionan el *derecho natural* y la *naturaleza humana*, como conceptos que necesitan ser recreados pero no perdidos. El debate contemporáneo sobre la *naturaleza humana*, con profundas raíces filosóficas, se manifiesta hoy bajo dos perspectivas principales:

En primer lugar la de aquellos que redefiniendo nuevamente la posición del ser humano en su relación con la realidad, defienden una completa naturalización del concepto y le buscan acomodo en los nuevos marcos conceptuales que proporcionan los espectaculares avances en los desarrollos tecnocientíficos de las TICs, la Neurociencia y la Biotecnología. En ocasiones y como extremo reduccionista, este reacomodo del concepto llega simplemente a la negación de la pertinencia de la noción misma de *naturaleza humana*, haciéndola desaparecer así como estancia normativa, como ya hemos indicado, y justificando la intervención técnica sobre ella, sin apelar a la ética, pues le resulta suficiente el deseo de una supuesta mayoría y el éxito del mercado.

En segundo lugar, la de aquellos que defienden la permanencia del carácter singular de la realidad humana, y la convicción de existencia de algún tipo de componentes normativos en ella.

Son precisamente las nuevas posibilidades de intervención e incidencia en los seres humanos abiertas por las nuevas áreas de científico-técnicas, las que hacen que este debate tenga una importancia no sólo teórica, sino que sea de gran trascendencia práctica.

Y a todo lo dicho, hay que añadir otro aspecto de este vasto peregrinar de la razón en nuestro tiempo, que sólo enunciaré. Y es la urgencia por vincular los proyectos de la ciencia y la tecnología con el servicio a la dignidad de los hombres y el verdadero desarrollo de los pueblos. Decía Benedicto XVI en un discurso a la Academia Pontificia de las Ciencias: “*El resultado positivo de la ciencia del siglo XXI seguramente dependerá en gran medida de la capacidad del científico de buscar la verdad y de aplicar los descubrimientos de una manera que va de la mano con la búsqueda de lo que es justo y bueno*”⁴.

⁴ BENEDICTO XVI. *Discurso a la Academia Pontificia de las Ciencias* 31/10/2008.

Estas palabras del Papa emérito nos sitúan en un horizonte para la ciencia donde la propuesta de fines se hace indisociable de la ideación de los medios. Una orientación de las relaciones entre la ciencia y la fe cristiana que abre algunas preguntas nuevas, como la contribución de cada ciencia a la integración y no a la fragmentación de la cultura humana o la contribución de ambas al progreso integral del hombre y al desarrollo de los pueblos. Y esto tiene una traducción muy concreta no sólo en la investigación con la docencia, sino también en la política científica y en la vida profesional de los laicos cristianos. Hay mucho que investigar para disminuir el sufrimiento, para erradicar el hambre, para *custodiar* el legado de la naturaleza –por usar un término del papa Francisco- para aproximar a los seres humanos. Y todo ello es un modo de sembrar la semilla de la fraternidad en los corazones para que alienten ellos la esperanza⁵.

5. PEREGRINACIÓN DEL SILENCIO.

Nuestra sociedad del hacer deprisa, de los decibelios altos y del ruido ambiental no es a primera vista el ámbito en el que el silencio sea expresión de buena noticia. Pero una mirada un poco más profunda descubrirá enseguida que la sed de silencio está siendo más fuerte que la necesidad de agua para los habitantes del desierto. Algunos monasterios y lugares de retiro podrían contar muchas historias al respecto.

Estamos invitados a tomarnos en serio, en nuestra vida cotidiana, la afirmación del documento del Sínodo: “*El agente principal de la evangelización es el Espíritu Santo, que abre los corazones y los convierte a Dios*”⁶.

Para ello, en este año centenario de Teresa de Jesús, recibimos con especial fuerza la invitación al silencio, la peregrinación del silencio. Pues el Espíritu enviado por Jesús no es un huracán que se puede percibir en el ruido; actúa como la brisa que para sentirla necesitamos silencio y una situación interior adecuada. La acción del Espíritu Santo requiere de nosotros un proceso de atención, no sólo en el retiro ocasional y en la oración, sino en la dinámica ordinaria de las relaciones para hacernos conscientes de que el otro, los otros, como nosotros mismos, somos “obra de arte de Dios”, en expresión de la carta de Pablo a los Efesios. Pues ese proceso de atención no es otra cosa que el reconocimiento de la presencia real del otro, de la presencia real de Dios en ese encuentro o relación. La *soledad sonora* nos posibilita percibir la *música callada*, el

⁵ Cfr. BENEDICTO XVI en el Angelus. Barcelona 7/11/2010.

⁶ SNE proposición 36.

sonido rítmico producido por la fuente *que mana y corre*, la Presencia amorosa del Espíritu de Dios.

El cultivo del silencio posibilita la relación de amistad “con quien sabemos nos ama”, en palabras de Teresa de Jesús, el mejor crisol donde se cultiva la dimensión del ser, la que hace transparente el barro. La oración es, sí, un lugar privilegiado para acoger e interiorizar, para nombrar las realidades con palabras sacadas del fondo común de la Palabra que nos han sido regalada y que genera comunión entre los cristianos.

Podemos preguntarnos ¿en qué consiste el poder que recibimos el Espíritu de Dios cuando acogemos, en el silencio, su presencia? ¿En qué consiste ese poder que lleva consigo el anuncio de la presencia del resucitado? Ese poder se expresa en la comunión, es ese *entre* que genera el Espíritu y que renueva las relaciones entre los seres humanos.

Ese poder se expresa también en un plus de consciencia que nos abre los ojos a los otros, a sus circunstancias de vida, que nos hace ver lo que no habíamos visto antes, generando así posibilidades inéditas de crecimiento y desarrollo humano. Pero la capacidad de ver nos hace vulnerables y es tentación cerrarnos a ella y cubrirnos con una capa tejida con hilos de insensibilidad.

El Espíritu de Dios hizo del hombre Jesús, la persona más consciente y sensible y abierta a los seres humanos que jamás haya vivido, y la persona habitada plenamente por el Espíritu de Dios reclamaba en su interior *abba Padre*.

Un tercer modo de vitalizar nuestras personas por parte del espíritu de Dios en esta peregrinación de silencio, es introducirnos en un proceso por el cual, en palabras de un autor español, nos hace “barro transparente”.

El Espíritu de Jesús nos transforma de manera que otros, al vernos, pueden ir más allá de nosotros mismos. Nos hace símbolos que remiten a una Realidad más allá de ellos, ir más allá de los límites del pensar convencional y alcanzar la apertura a la trascendencia y a Dios. Nos transforma en sacramentos del resucitado. No se trata de la grandeza de las obras, sino de la calidad de vida unificada, integrada, del sujeto que la realiza. Es el espíritu quien da brillo a la obra que hace del cristiano transparencia viviente del misterio.

Nuestro tiempo reclama del evangelizador el cultivo de un modo de vivir capaz de transformar el plural de la abundancia de ofertas y de experiencias y de reclamos del entorno, al singular de una intensidad centrada en el corazón, en el hombre interior, de donde brotan los pensamientos, las decisiones, las pasiones, los mejores sentimientos. Algo que sólo puede hacerse en el silencio. La dinámica de la oración y la vivencia y

acompañamiento del sufrimiento desde el núcleo interior, hace posible la transferencia de la esperanza y da la fuerza para resistir la dureza de la vida.

6. LA PEREGRINACIÓN DE LA ALEGRÍA.

“Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él, porque ‘nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor’”⁷.

La alegría del Evangelio se ha convertido en algo más que un título de una encíclica papal. Está siendo una interpelación a la vez que una invitación. Una interpelación porque nos confronta con una realidad: la buena noticia de Jesús es la fuente de alegría y llena de sentido y de gozo la vida humana, incluso en las situaciones de mayor precariedad y sufrimiento. El Papa Francisco está sabiendo traducir en gestos este mensaje y poniendo rostros y situaciones que hacen realidad en nuestro mundo cada una de las bienaventuranzas de Jesús. Porque la peregrinación de la alegría no es otra que la que nos pone en camino para experimentar el encuentro con Jesucristo, quien con su palabra y con su vida llena de bienaventuranza, de paz y de gozo el corazón humano.

La tentación, nos lo recuerda la EG, aparece frecuentemente bajo forma de excusas y reclamos, como si debieran darse innumerables condiciones para que sea posible la alegría. La sociedad tecnológica nos confunde, ha logrado multiplicar las ocasiones de placer, pero encuentra muy difícil engendrar la alegría.

El peregrino sabe de un andar ligero cuando el corazón se le dilata con alegría, camina con gusto, con regocijo, sin cansancio, sin desfallecimientos. Es un andar que contagia la alegría. Y en las mañanas nubladas, cuando el sufrimiento llama a la puerta con alguno de sus múltiples modos, el peregrino sabe también que su alegría es hermanable con esa situación dolorosa o con esos recuerdos que necesitan ser purificados. Decía San Agustín al comentar las palabras del salmo 117. 15: *“Pusiste alegría en mi corazón”*. Esta peregrinación la realizamos en medio de las gentes, llenos de asuntos, impactados por impresiones diversas, pero nuestra peregrinación se realiza

⁷ EGI, 3

en esa clave de vida del espíritu que no se funda en el resultado de los acontecimientos externos, sino en la dinámica misma de nuestro interior, de nuestro corazón. Decía Pedro Poveda comentando este mismo salmo: *“cuando lo de afuera nos mueva a tristeza, echemos la mirada hacia dentro, a lo más secreto del alma, y encontraremos la alegría”*⁸.

El Papa nos recuerda que ante nuestro retraimiento ante el pecado cometido, *“Dios no se cansa nunca de perdonar, nos permite levantar la cabeza y volver a empezar con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría”*⁹

Mientras camina, el peregrino toma conciencia de qué significa *“vivir en un nivel superior”*, de no vivir a ras de suelo, de que la vida del Espíritu secunde cada momento de la vida cotidiana. Descubre que *“La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad que de hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás”*.¹⁰

El peregrino de la alegría sabe que su corazón va alegre porque va en busca del Señor (salmos 104, 3), porque ha entrado también en ese río de alegría, que ha brotado del encuentro de tantas personas con el Señor. Y sabe también que cuantas veces lo ha encontrado en el servicio, sus ojos se han llenado de la alegría de rostros que reconocen el paseo del Señor entre ellos.

7. PALABRAS FINALES.

Las peregrinaciones que acabamos de proponer son una expresión de esa *mística de acercarnos a los demás y de buscar su bien*, a la que nos invita el Papa Francisco. Es esa dinámica de la cultura del encuentro en que nuestro interior se ensancha para recibir los regalos del Señor. Con sus palabras, porque no es posible decirlo mejor: *“Cada vez que nos encontramos con un ser humano en el amor, quedamos capacitados para descubrir algo nuevo de Dios. Cada vez que se nos abren los ojos para reconocer al otro, se nos ilumina más la fe para reconocer a Dios”*. Esta es la dinámica de la espiritualidad del peregrino que los cristianos podían ofrecer.

⁸ EE357

⁹ Ibidem

¹⁰ Cfr. EG II, 10.

Y el Papa nos invita a ello: si queremos crecer en la vida del espíritu, no podemos dejar de ser misioneros, pues ofrecer la alegría del Evangelio enriquece la mente y el corazón, nos abre horizontes que va más allá de los elementos materiales a los que nos tiene acostumbrados nuestra sociedad, nos hace más sensibles para reconocer la acción del Espíritu de Dios y nosotros, dinamiza, en fin, nuestras búsquedas sacándonos más allá de nuestros esquemas limitados.

Santander, 16 de septiembre de 2014.